

COLECCIÓN POPULAR

770

EL DESPERTAR DE LA POESÍA

ANTONIO MACHADO

El despertar de la poesía

Selección y prólogo
LUIS GARCÍA MONTERO



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 2020

Machado, Antonio

El despertar de la poesía / Antonio Machado ; selec. y pról. de Luis García Montero. — México : FCE, 2020

77 p. ; 17 × 11 cm — (Colec. Popular ; 770)

ISBN 978-607-16-6619-2

1. Poesía española 2. Literatura española – Siglo xx I. García Moreno, Luis, selec. II. Ser. III. t.

LC PQ6623

Dewey 861M314d

Distribución mundial

Diseño de portada: Laura Esponda Aguilar

D. R. © 2020, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México
www.fondodeculturaeconomica.com
Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel.: 55-5227-4672

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-607-16-6619-2

Impreso en México • *Printed in Mexico*

ÍNDICE

<i>Prólogo</i> , por Luis García Montero	9
La personalidad de Antonio Machado	9
La aventura poética	18

SOLEDADES

El viajero	25
<i>He andado muchos caminos...</i>	27
En el entierro de un amigo	29
Recuerdo infantil	31
<i>Yo voy soñando caminos...</i>	32
<i>Sobre la tierra amarga...</i>	33
Campo	34

CAMPOS DE CASTILLA

Retrato	35
Campos de Soria [fragmentos]	37
A un olmo seco	40
<i>Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería...</i>	42
A José María Palacio	43
Los olivos [fragmento]	45
Llanto de las virtudes y coplas por la muerte de don Guido	48

Proverbios y cantares [fragmentos]	51
Consejos	54
A don Francisco Giner de los Ríos	55

NUEVAS CANCIONES

Apuntes [fragmentos]	57
Proverbios y cantares [fragmentos]	59
El amor y la sierra	62
<i>Esta luz de Sevilla</i>	63

DE UN CANCIONERO APÓCRIFO

Primaveral	64
Rosa de fuego	65
Nel mezzo del cammin <i>pasóme el pecho...</i>	66
Últimas lamentaciones de Abel Martín	67
Otras canciones a Guiomar	69

POESÍA DE GUERRA

La muerte del niño herido	73
A Lister	74
¡Madrid, Madrid!	75
El crimen fue en Granada	76

PRÓLOGO

LA PERSONALIDAD DE ANTONIO MACHADO

A veces es muy útil que el antólogo aproveche la selección de la obra de un poeta famoso para iluminar los aspectos más desconocidos de su mundo literario, las voces y los matices que suelen quedar en segunda o tercera línea cuando se hace el retrato del autor. Es una buena forma de enriquecer la sabiduría de lo ya conocido y de iluminar la multiplicidad de caracteres, de rincones e incluso de personajes que cada autor, como cada lector, lleva dentro de sí mismo. Confieso que no he querido asumir esta perspectiva a la hora de seleccionar algunos poemas de Antonio Machado porque considero que su vida y su obra han configurado una imagen compartida, pública, autorizada por nuestra educación sentimental. Antonio Machado es lo más parecido a un poeta cívico que puede encontrarse en la literatura española, de ahí que en esta antología se recojan los poemas más conocidos de su obra, los que hemos aprendido de memoria en el colegio, escuchado en la voz de nuestros cantautores y citado en nuestra conversación o en nuestras intervenciones públicas.

Aunque el poeta huyese de un biografismo anecdótico, la poesía de Machado da cuenta de su vida y de su historia por propia decisión. Como él se rio de los que se empeñaban en separar la experiencia humana de

Dante, su personalidad histórica, de los versos del poeta florentino, nosotros tenemos permiso machadiano para no tomarnos en serio a los que quieren separar los versos de don Antonio, los poemas memorables que escribió, de su bastón, su sombrero y sus pasos por la vida. Antonio Machado quiso dar cuenta de sus intuiciones, buscó una voz humana personal, y el camino cordial de su introspección acabó representando lo más vivo de la sociedad y la tradición españolas, su moral progresista en el último tercio del siglo XIX y en el primero del siglo XX.

El poeta de su primer libro, *Soledades* (1903), corregido y aumentado después con el título de *Soledades. Galerías. Otros poemas* (1907), escribe acerca de un patio, una tarde clara y los frutos de un limonero sumergidos en el agua de una fuente para recordar con serenidad la inocencia inevitablemente perdida. El libro no se puede separar del Antonio Machado que viaja a Sevilla, cerca ya de la madurez, y visita el palacio de las Dueñas, donde había nacido el 26 de julio de 1875. No duda en elegir los elementos y las galerías interiores de su poética simbolista entre los propios recuerdos infantiles:

Sí, te recuerdo, tarde alegre y clara,
casi de primavera,
tarde sin flores, cuando me traías
el buen perfume de la hierbabuena,
y de la buena albahaca,
que tenía mi madre en las macetas.

Que tú me viste hundir mis manos puras,
en el agua serena,

para alcanzar los frutos encantados
que hoy en el fondo de la fuente sueñan...

Sí, te conozco, tarde alegre y clara,
casi de primavera.

Cuando publique su famoso “Retrato”, en 1908, en el periódico *El Liberal*, y nos hable de sus gotas de sangre jacobina y de su deseo moral de entender la vida como un diálogo con la propia conciencia, estará reconociendo al niño que con 8 años se trasladó a Madrid y se educó por tradición familiar en la Institución Libre de Enseñanza, bajo el magisterio de Francisco Giner de los Ríos y Manuel Bartolomé Cossío. Y cuando declare con orgullo que el poeta acude a su trabajo y paga con su dinero el pan que lo alimenta, no sólo tomará distancia ante la algarabía bohemia y el esteticismo hueco, sino que también recordará al hombre que, después de acabar el bachillerato a los 25 años, ha conseguido por fin una plaza de profesor en el Instituto de Soria, de la que había tomado posesión en mayo en 1907, a los 32.

La aparición de su segundo libro *Campos de Castilla* (1912), transforma en verso las ideas regeneracionistas que lo acercan, al mismo tiempo, a la voz política y a la necesidad de conocer las tierras y el folklore de España. El poeta que describe los campos nacionales con un verso duro “Castilla miserable, ayer dominadora, / envuelta en sus arrapos desprecia cuanto ignora”, es el mismo profesor que escribe en *El porvenir castellano* el artículo “Sobre pedagogía” (1913):

Mientras no se descienda a estudiar al hombre de campo, no acabaremos de explicarnos los más rudimenta-

rios fenómenos de la vida española. De los elementos que nos empujan —no dirigen porque no pueden dirigir lo inconsciente—, que nos mueven o nos arrastran a un porvenir catastrófico, están ausentes las huellas de la ciudadanía. Ambos son campesinos. Estos elementos son la política y la Iglesia o por decirlo más claramente, los caciques y los curas.

La conciencia crítica es parte fundamental de su poética. Pero en el libro está presente también el ser humano que se identifica con el paisaje de Soria, porque allí ha recibido por fin la visita del amor verdadero, una muchacha de 15 años, llamada Leonor, con la que se casa en julio en 1909. Más importante incluso que la tierra donde se nace a la vida es la tierra donde se nace al amor, y por eso aprende a describir los paisajes de Soria como quien habla del propio corazón, la intimidad que los lleva dentro. Pero esto no encierra al mundo en el interior del poeta, sino que provoca una dialéctica de apertura a la realidad. La capacidad descriptiva se carga así de sentido en un proceso que va apoderándose del mundo exterior:

Es la tierra de Soria, árida y fría.
Por las colinas y las sierras calvas,
verdes pradillos, cerros cenicientos,
la primavera pasa
dejando entre las hierbas olorosas
sus diminutas margaritas blancas.

La tierra no revive, el campo sueña.
Al empezar abril está nevada,

la espalda del Moncayo;
el caminante lleva en su bufanda
envueltos cuello y boca, y los pastores
pasan cubiertos con sus luengas capas.

Pero el poeta acaba llevándose esos campos dentro del corazón cuando la desgracia cae sobre su vida: Leonor enferma y muere de tuberculosis, y él pide un cambio de destino a Baeza, en Andalucía, en donde vive entre 1912 y 1919. Allí seguirá creciendo el libro *Campos de Castilla*, igual que los álamos, las encinas y los olivos, con poemas en los que conviven los pasajes evocados de la felicidad perdida y las nuevas realidades andaluzas por las que pasea como un meditador solitario. En Soria mientras esperaba el restablecimiento de Leonor, se había atrevido a escribir un poema a las hojas verdes que brotaban de un olmo seco. Ya en Baeza, sometido por los abismos trágicos de la vida y la muerte, acentúa sus meditaciones filosóficas, necesita más que nunca vivirse por dentro, pero no olvida su diálogo permanente con la realidad:

Heme aquí ya, profesor
de lenguas vivas (ayer
maestro del gay-saber,
aprendiz del rui señor)
en un pueblo húmedo y frío,
destartalado y sombrío,
entre andaluz y manchego.
Invierno. Cerca del fuego.

La dureza de algunas alusiones no debe entenderse sólo como una toma de postura particular sobre los

lugares en donde le toca vivir, sino como una consecuencia de su espíritu crítico ante un país de “charanga y pandereta”, que se hunde en la propia agonía de sus crisis, sin atreverse a apostar por una vida nueva. Esa crítica permanente en sus meditaciones rurales surge también ahora en su propia tierra, como distancia consciente de una fe que inmoviliza y hace imposible la búsqueda de nuevas formas de vida:

¡Oh, la saeta, el cantar
al Cristo de los gitanos,
siempre con sangre en las manos,
siempre por desenclavar!
¡Cantar del pueblo andaluz,
que todas las primaveras
anda pidiendo escaleras
para subir a la cruz!
¡Cantar de la tierra mía,
que echa flores,
al Jesús de mi agonía,
y es la fe de mis mayores!
¡Oh, no eres tú mi cantar!
No puedo cantar, ni quiero
a ese Jesús del madero,
sino al que anduvo en la mar!

Al afirmar que no es su cantar, no dice que ese cantar haya dejado de ir con él. Es el cantar de la “tierra mía” y de la “fe de mis mayores”. O sea que se trata más bien de un acto de conciencia, de voluntaria responsabilidad, el no querer y no poder, que lo distancia de la exaltación de la agonía, a favor de una vida nueva que

debe caminar, obrar, conseguir lo que parece imposible. La toma de postura de Machado tiene especial importancia cuando se produce en el cantar del pueblo, en el folclor, porque cada vez está más convencido de que los sentimientos individuales pertenecen a la historia y son inseparables de una sabiduría colectiva. Su tercer libro *Nuevas canciones* (1924), aparecido cuando trabajaba como profesor en el Instituto de Segovia a donde llega en 1919, presta especial atención al cancionero tradicional. Es emocionante que el poeta que indaga en el folclor y en la lírica popular recuerde a su padre Antonio Machado y Álvarez, *Demófilo*, investigador de los *Cantes flamencos*. Más viejo ya que su padre, el poeta lo recuerda trabajando en su despacho del Palacio de las Dueñas en un soneto conmovedor:

Esta luz de Sevilla... Es el palacio
donde nací con su rumor de fuente.
Mi padre, en su despacho. —La alta frente,
la breve mosca, y el bigote lacio—.

Mi padre, aún joven. Lee, escribe, hojea
sus libros y medita. Se levanta;
va hacia la puerta del jardín. Pasea.
A veces habla solo, a veces canta.

La anécdota de hablar solo y de cantar, además del recuerdo infantil de una escena cotidiana, se carga de significado cuando nos acordamos del poema “Retrato”: “[...] quien habla solo espera hablar a Dios un día”, y cuando pensamos en la significación del *cantar colectivo*, la sabiduría social hecha sentimiento cordial en

el individuo, cada vez más decisiva en la poética de Machado. Llegará a afirmar que al escribir poesía hace *autofolklore*. Muchas de las reflexiones que protagonizan sus heterónimos Abel Martín y Juan de Mairena, que toman cuerpo en *De un cancionero apócrifo*, incorporado en la edición de *Poesías completas* (1928), defienden la palabra temporal y los universales del sentimiento, distanciándose de una poesía joven que había apostado por la metáfora conceptual y por una depuración racionalista de las identidades, procedimiento estético aprendido de Juan Ramón Jiménez. No se sintió cómodo Machado con la exaltación gongorina, el barroco y la defensa de la metáfora capitaneada por los jóvenes de la Generación del 27.

Junto a los consejos, coplas y sonetos que mantienen la inercia de la canción y que se prestan a las meditaciones intelectuales, *De un cancionero apócrifo* recoge también los poemas a Guiomar:

en el nácar frío
de tu zarcillo en mi boca,
Guiomar, y en el calofrío
de una amanecida loca;

Aunque se trató de un amor sin fortuna, porque Pilar de Valderrama era casada y muy conservadora, las relaciones secretas de la pareja se hicieron casi cotidianas cuando Machado se trasladó a Madrid en 1931 para dar clases en el Instituto Calderón de la Barca, uno de los nuevos que puso en pie el gobierno de la República. El poeta que había firmado en 1926 el manifiesto de la Alianza Republicana y que había presi-

dido en Segovia la proclamación de la Segunda República, se identificó con su moral política y se mantuvo leal a sus principios cuando en 1936 los militares golpistas provocaron la Guerra Civil.

Invitado por el gobierno a abandonar Madrid en noviembre de 1936 porque la ciudad sufría una situación bélica muy difícil, viaja con parte de su familia a Valencia y se instala en una casa a las afueras de Rocafort. Allí vivirá hasta que, siguiendo la suerte de la República, debe trasladarse a Barcelona y luego salir de España en enero de 1939. Durante los años del conflicto escribe emotivos poemas de guerra, y denuncia, por ejemplo, el crimen sufrido por García Lorca; retrata la muerte de un niño herido o evoca la tradición renacentista de la espada y la pluma cuando homenajea a Lister, jefe de los ejércitos del Ebro: “Si mi pluma valiera tu pistola/ de capitán, contento moriría”. En el “Retrato” de *Campos de Castilla* había confesado que, fiel a la experiencia humana, le gustaría dejar sus versos clásicos o románticos como deja el capitán su espada: “famosa por la mano viril que la blandiera/ no por el docto oficio del forjador preciada”. Las urgencias descarnadas le hacen ahora dar otra vuelta de tuerca. Hubiese deseado ser útil no sólo como poeta cívico que acude a su trabajo, sino como un capitán capaz de defender a su país con las armas en la mano. Una sensación muy parecida tuvo Rafael Alberti que, en medio de la guerra y ante las sucesivas derrotas del ejército popular, pidió balas en vez de palabras. Juan de Mairena había escrito que tomar partido suponía una responsabilidad moral inevitable, que obligaba en ocasiones a caminar por un sendero de renunciadas íntimas.

Antonio Machado murió el 22 de febrero de 1939, en una habitación del hotel Bougnol-Quintana de Colliure. Su hermano José encontró en el bolsillo de su gabán un último verso: “Estos días azules y este sol de la infancia”. Los días aún pacíficos del Mediterráneo francés le habían recordado su infancia y la luz de Sevilla.

LA AVENTURA POÉTICA

En efecto, la historia cívica de Antonio Machado, que representó los valores de la tradición progresista española en la segunda mitad del siglo XIX y la primera del XX, hizo posible que se convirtiera en un poeta nacional. Valgan como ejemplo, entre las muchas evocaciones posibles, estas palabras del escritor granadino Francisco Ayala, que había salido de España por la misma frontera y casi al mismo tiempo que el poeta. Pertenecen a un artículo publicado en su exilio argentino con el título “Antonio Machado: el poeta y la patria” (1944), en el que identificaba ya los destinos del escritor y de la sociedad española:

No sé; pero al repasar con ocasión de las primeras ediciones póstumas la obra de Antonio Machado y recordar también el paso de la vida del poeta, no he podido sustraerme a la impresión de que su figura alta, pensativa y derrotada representa, vista ahora a la luz de su muerte, toda la nobleza y todo el dolor de su patria.

Además de la importante significación humana de Machado, conviene destacar también la singularidad

fructífera de su aventura poética. Bajo su aparente sencillez, el poeta asumió una de las indignaciones más personales en el panorama lírico del siglo xx. Educado estéticamente bajo la rebeldía juvenil del modernismo, pronto sintió la necesidad de apostar por sus territorios menos formalistas, acercándose a una lírica de estirpe simbolista. Él mismo lo confiesa así en el prólogo de sus *Páginas escogidas* (1917) a propósito de *Soledades*:

Por aquellos años Rubén Darío, combatido hasta el escarnio por la crítica al uso, era el ídolo de una selecta minoría. Yo también admiraba al autor de *Prosas profanas*, el maestro incomparable de la forma y de la sensación, que más tarde nos reveló la hondura de su alma en *Cantos de vida y esperanza*. Pero yo pretendí —y reparar en que no me jacto de éxito, sino de propósitos— seguir camino bien distinto. Pensaba yo que el elemento poético no era la palabra por su valor fónico ni el color, ni la línea, ni un complejo de sensaciones, sino una honda palpitación del espíritu; lo que pone el alma, si es que algo pone, o lo que dice, si es que algo dice, con voz propia, en respuesta animada del contacto del mundo.

Algunos escritores, reinventan su propia estética al recordarla, pero este no es el caso de Machado. Si volvemos a leer sus dos ediciones de *Soledades* puede comprobarse su afán por evitar el parnasianismo y los versos más retóricos de la forja modernista. Prefiere la estirpe simbolista de Bécquer y Verlaine, el deseo de expresar los estados más profundos del alma a través de símbolos que conviertan la realidad en una alegoría ín-

tima. La tarde, la fuente, la lluvia, sugieren en los poemas de Antonio Machado “una honda palpitación del espíritu”, a través de imágenes más alusivas que elocuentes:

Cantaban los niños
canciones ingenuas,
de un algo que pasa
y nunca llega:
la historia confusa
y clara la pena.

Pero ya en las *Soledades* empieza el poeta a inquietarse por los peligros del subjetivismo, del verso ensimismado, hasta el punto de formular a la noche, como ámbito lírico extremo, una pregunta cargada de sentido:

Dime, si sabes, vieja amada, dime,
si son mías las lágrimas que vierto.

La poesía subjetiva tiende a expresar una intimidad esencial, pura, que se define por oposición a la realidad y la historia. Machado se atreve a poner en duda esa estirpe simbolista y sugiere que tal vez no seamos dueños absolutos de nuestras propias lágrimas. Lo que se entiende por verdad esencial puede ser una interiorización de la experiencia histórica. Desde ahí procura buscar lo que hay en sí mismo de diálogo inevitable con los otros. Por eso matiza en su prólogo de 1917 a *Soledades*:

Y aún pensaba que el hombre puede sorprender algunas palabras de un íntimo monólogo, distinguiendo la voz viva de los ecos inertes, que puede también, mi-

rando hacia adentro, vislumbrar las ideas cordiales, los universales del sentimiento.

Antonio Machado intenta huir del ensimismamiento, pero sin traicionar su propia individualidad. La tradición simbolista, aunque tendamos a olvidarlo, respetaba sobre todo los ecos, las sugerencias, el halo de la depuración. Por eso debe tomarse como todo un programa de ruptura estética el ejercicio de pararse a distinguir *las voces y los ecos*:

Desdeño la romanza de los tenores huecos
y el coro de los grillos que cantan a la luna.
A distinguir me paro las voces de los ecos
y escucho solamente, entre las voces, una.

Distanciarse de los tenores huecos era fácil en 1908. Más difícil iba a resultar alejarse de los poetas demasiado llenos de sí mismos. Había muchas direcciones planteadas en los procesos de divinización del yo. Frente a los que apuestan por una poética deshumanizada, conceptual, en busca de una identidad que se borra en las manos de los valores universales de la razón, Machado habla del sentimiento como un lugar histórico que posibilita el encuentro. Pretende huir de la sacralización del poeta, de las novedades pasajeras, del subjetivismo. Su camino atiende a razones éticas y estéticas. El lirismo simbolista le parece un horizonte cultural propio de una economía social egoísta, y llega a afirmar que los poetas exhiben las grandezas de su corazón con la misma soberbia que gasta el burgués enriquecido a la hora de enseñar sus palacios y sus queridas.

Antonio Machado intenta abrirse entonces a una poesía realista, en la que no sólo sea posible la crítica social aconsejada por el regeneracionismo, sino la búsqueda dialéctica de unas intuiciones y unos sentimientos personales en constante diálogo con los otros. El poder descriptivo de alguno de los mejores poemas de *Campos de Castilla* consigue al mismo tiempo nombrar de modo literal la realidad y exponer pudorosamente a la intimidad del poeta, la relación del hombre con su tiempo, a través de un lenguaje comedido, unas cuantas palabras verdaderas.

Los caminos que sigue Machado, con mayor o menor fortuna, procuran sostener esa apuesta. Aunque los tiempos invitaban a la metáfora gongorina, el conceptualismo o la irracionalidad vanguardista, supo mantener su postura con una lucidez teórica poco común en nuestra poesía. Puso los dedos en las llagas decisivas y sugirió que las nuevas voces líricas necesitaban descubrir una nueva sentimentalidad, unos nuevos valores:

Una nueva sensibilidad sería un hecho biológico muy difícil de observar y que, tal vez, no sea apreciable mediante la vida de una especie zoológica. Nueva sentimentalidad suena peor y, sin embargo, no me parece un desatino. Los sentimientos cambian a través de la historia y aún durante la vida de un individuo. En cuanto resonancias cordiales de los valores en boga, los sentimientos varían cuando estos valores se desdoran, enmohecen o son sustituidos por otros.

Son palabras escritas en 1932, para el “Proyecto de un Discurso de ingreso de la Academia Española”.

En los debates teóricos sobre la poesía supo abrir una nueva perspectiva fundamental para la evolución posterior de la lírica española. Los poetas que quisieron huir del conceptualismo, ya fuese por voluntad social o por una necesidad ética de conocimiento personal, encontraron los caminos abiertos por Machado y por sus heterónimos. Los tonos coloquiales, la música del pensamiento, la aproximación de la poesía a la vida cotidiana, la exigencia moral, habían aparecido con raíz honda en el camino. El poeta no se conformó con el utilitarismo, que tantas veces nos obliga a comulgar con ruedas de molino, ni con la sacralización del subjetivismo. Quiso soñar con los ojos abiertos, unir el sentimiento y la lucidez:

Tras el vivir y el soñar
está lo que más importa:
despertar.

LUIS GARCÍA MONTERO

SOLEDADES

EL VIAJERO

Está en la sala familiar, sombría,
y entre nosotros, el querido hermano
que en el sueño infantil de un claro día
vimos partir hacia un país lejano.

Hoy tiene ya las sienas plateadas,
un gris mechón sobre la angosta frente,
y la fría inquietud de sus miradas
revela un alma casi toda ausente.

Deshójanse las copas otoñales
del parque mustio y viejo.
La tarde, tras los húmedos cristales,
se pinta, y en el fondo del espejo.

El rostro del hermano se ilumina
suavemente. ¿Floridos desengaños
dorados por la tarde que declina?
¿Ansias de vida nueva en nuevos años?

¿Lamentará la juventud perdida?
Lejos quedó —la pobre loba— muerta.
¿La blanca juventud nunca vivida
teme, que ha de cantar ante su puerta?

¿Sonríe al sol de oro
de la tierra de un sueño no encontrada;
y ve su nave hender el mar sonoro,
de viento y luz la blanca vela hinchada?

Él ha visto las hojas otoñales,
amarillas, rodar, las olorosas
ramas del eucalipto, los rosales
que enseñan otra vez sus blancas rosas...

Y este dolor que añora o desconfía
el temblor de una lágrima reprime,
y un resto de viril hipocresía
en el semblante pálido se imprime.

Serio retrato en la pared clarea
todavía. Nosotros divagamos.
En la tristeza del hogar golpea
el tictac del reloj. Todos callamos.

HE ANDADO muchos caminos
he abierto muchas veredas;
he navegado en cien mares
y atracado en cien riberas.

En todas partes he visto
caravanas de tristeza,
soberbios y melancólicos
borrachos de sombra negra,

y pedantones al paño
que miran, callan y piensan
que saben, porque no beben
el vino de las tabernas.

Mala gente que camina
y va apestando la tierra...

Y en todas partes he visto
gentes que danzan o juegan,
cuando pueden, y laboran
sus cuatro palmos de tierra.

Nunca, si llegan a un sitio
preguntan a dónde llegan.
Cuando caminan, cabalgan
a lomos de mula vieja,

y no conocen la prisa
ni aún en los días de fiesta.
Donde hay vino, beben vino,
donde no hay vino, agua fresca.

Son buenas gentes que viven,
laboran, pasan y sueñan,
y un día como tantos,
descansan bajo la tierra.

EN EL ENTIERRO DE UN AMIGO

Tierra le dieron una tarde horrible
del mes de julio, bajo el sol de fuego.

A un paso de la abierta sepultura,
había rosas de podridos pétalos,
entre geranios de áspera fragancia
y roja flor. El cielo
puro y azul. Corría
un aire fuerte y seco.

De los gruesos cordeles suspendido,
pesadamente, descender hicieron
el ataúd al fondo de la fosa
los dos sepultureros...

Y al reposar sonó con recio golpe,
solemne, en el silencio.

Un golpe de ataúd en tierra es algo
perfectamente serio.

Sobre la negra caja se rompían
los pesados terrones polvorientos...

El aire se llevaba
de la honda fosa el blanquecino aliento.

—Y tú, sin sombra ya, duerme y reposa,
larga paz a tus huesos...

Definitivamente,
duerme un sueño tranquilo y verdadero.

RECUERDO INFANTIL

Una tarde parda y fría
de invierno. Los colegiales
estudian. Monotonía
de lluvia tras los cristales.

Es la clase. En un cartel
se representa a Caín
fugitivo, y muerto Abel,
junto a una mancha carmín.

Con timbre sonoro y hueco
truenan el maestro, un anciano
mal vestido, enjuto y seco,
que lleva un libro en la mano.

Y todo un coro infantil
va cantando la lección:
“mil veces ciento, cien mil;
mil veces mil, un millón”.

Una tarde parda y fría
de invierno. Los colegiales
estudian. Monotonía
de la lluvia en los cristales.

Yo voy soñando caminos
de la tarde. ¡Las colinas
doradas, los verdes pinos,
las polvorientas encinas!...
¿Adónde el camino irá?
Yo voy cantando, viajero
a lo largo del sendero...
—la tarde cayendo está—.
“En el corazón tenía
la espina de una pasión;
logré arrancármela un día:
ya no siento el corazón”.

Y todo el campo un momento
se queda, mudo y sombrío,
meditando. Suena el viento
en los álamos del río.

La tarde más se oscurece;
y el camino que serpea
y débilmente blanquea,
se enturbia y desaparece.

Mi cantar vuelve a plañir:
“Aguda espina dorada,
quién te pudiera sentir
en el corazón clavada”.

SOBRE la tierra amarga,
caminos tiene el sueño
laberínticos, sendas tortuosas,
parques en flor y en sombra y en silencio;

criptas hondas, escalas sobre estrellas;
retablos de esperanzas y recuerdos.
Figurillas que pasan y sonríen
—juguetes melancólicos de viejo—;

imágenes amigas,
a la vuelta florida del sendero,
y quimeras rosadas
que hacen camino... lejos...

CAMPO

La tarde está muriendo
como un hogar humilde que se apaga.

Allá, sobre los montes,
quedan algunas brasas.

Y ese árbol roto en el camino blanco
hace llorar de lástima.

¡Dos ramas en el tronco herido, y una
hoja marchita y negra en cada rama!

¿Lloras?... Entre los álamos de oro,
lejos, la sombra del amor te aguarda.

CAMPOS DE CASTILLA

RETRATO

Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla,
y un huerto claro donde madura el limonero;
mi juventud, veinte años en tierras de Castilla;
mi historia, algunos casos que recordar no quiero.

Ni un seductor Mañara, ni un Bradomín he sido
—ya conocéis mi torpe aliño indumentario—,
mas recibí la flecha que me asignó Cupido,
y amé cuanto ellas puedan tener de hospitalario.

Hay en mis venas gotas de sangre jacobina,
pero mi verso brota de manantial sereno;
y, más que un hombre al uso que sabe su doctrina,
soy, en el buen sentido de la palabra, bueno.

Adoro la hermosura, y en la moderna estética
corté las viejas rosas del huerto de Ronsard;
mas no amo los afeites de la actual cosmética,
ni soy un ave de esas del nuevo gay-trinar.

Desdeño las romanzas de los tenores huecos
y el coro de los grillos que cantan a la luna.
A distinguir me paro las voces de los ecos,
y escucho solamente, entre las voces, una.

¿Soy clásico o romántico? No sé. Dejar quisiera
mi verso, como deja el capitán su espada:
famosa por la mano viril que la blandiera,
no por el docto oficio del forjador preciada.

Converso con el hombre que siempre va conmigo
—quien habla solo espera hablar a Dios un día—;
mi soliloquio es plática con ese buen amigo
que me enseñó el secreto de la filantropía.

Y al cabo, nada os debo; debéisme cuanto he escrito.
A mi trabajo acudo, con mi dinero pago
el traje que me cubre y la mansión que habito,
el pan que me alimenta y el lecho en donde yago.

Y cuando llegue el día del último viaje,
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,
me encontraréis a bordo ligero de equipaje,
casi desnudo, como los hijos de la mar.

CAMPOS DE SORIA

I

Es la tierra de Soria árida y fría.
Por las colinas y las sierras calvas,
verdes pradillos, cerros cenicientos,
la primavera pasa
dejando entre las hierbas olorosas
sus diminutas margaritas blancas.

La tierra no revive, el campo sueña.
Al empezar abril está nevada
la espalda del Moncayo;
el caminante lleva en su bufanda
envueltos cuello y boca, y los pastores
pasan cubiertos con sus luengas capas.

V

La nieve. En el mesón al campo abierto
se ve el hogar donde la leña humea
y la olla al hervir borbollonea.
El cierzo corre por el campo yerto,
alborotando en blancos torbellinos
la nieve silenciosa.
La nieve sobre el campo y los caminos,
cayendo está como sobre una fosa.

Un viejo acurrucado tiembla y tose
cerca del fuego; su mechón de lana
la vieja hila, y una niña cose
verde ribete a su estameña grana.
Padres los viejos son de un arriero
que caminó sobre la blanca tierra,
y una noche perdió ruta y sendero,
y se enterró en las nieves de la sierra.
En torno al fuego hay un lugar vacío,
y en la frente del viejo, de hosco ceño,
como un tachón sombrío
—tal el golpe de un hacha sobre un leño—.
La vieja mira al campo, cual si oyera
pasos sobre la nieve. Nadie pasa.
Desierta la vecina carretera,
desierto el campo en torno de la casa.
La niña piensa que en los verdes prados
ha de correr con otras doncellitas
en los días azules y dorados,
cuando crecen las blancas margaritas.

VIII

He vuelto a ver los álamos dorados,
álamos del camino en la ribera
del Duero, entre San Polo y San Saturio,
tras las murallas viejas
de Soria —barbacana
hacia Aragón, en castellana tierra—.

Estos chopos del río, que acompañan
con el sonido de sus hojas secas
el son del agua, cuando el viento sopla,
tienen en sus cortezas
grabadas iniciales que son nombres
de enamorados, cifras que son fechas.
¡Álamos del amor que ayer tuvisteis
de ruseñores vuestras ramas llenas;
álamos que seréis mañana liras
del viento perfumado en primavera;
álamos del amor cerca del agua
que corre y pasa y sueña,
álamos de las márgenes del Duero,
conmigo vais, mi corazón os lleva!

IX

¡Oh, sí! Conmigo vais, campos de Soria,
tardes tranquilas, montes de violeta,
alamedas del río, verde sueño
del suelo gris y de la parda tierra,
agria melancolía
de la ciudad decrepita,
me habéis llegado al alma,
¿o acaso estabais en el fondo de ella?
¡Gentes del alto llano numantino
que a Dios guardáis como cristianas viejas,
que el sol de España os llene
de alegría, de luz y de riqueza!

A UN OLMO SECO

Al olmo viejo, hendido por el rayo
y en su mitad podrido,
con las lluvias de abril y el sol de mayo
algunas hojas verdes le han salido.

¡El olmo centenario en la colina
que lame el Duero! Un musgo amarillento
le mancha la corteza blanquecina
al tronco carcomido y polvoriento.

No será, cual los álamos cantores
que guardan el camino y la ribera,
habitado de pardos ruiseñores.

Ejército de hormigas en hilera
va trepando por él, y en sus entrañas
urden sus telas grises las arañas.

Antes que te derribe, olmo del Duero,
con su hacha el leñador, y el carpintero
te convierta en melena de campana,
lanza de carro o yugo de carreta;
antes que rojo en el hogar, mañana,
ardas en alguna mísera caseta,
al borde de un camino;
antes que te descuaje un torbellino
y tronche el soplo de las sierras blancas;

antes que el río hasta la mar te empuje
por valles y barrancas,
olmo, quiero anotar en mi cartera
la gracia de tu rama verdecida.
Mi corazón espera
también, hacia la luz y hacia la vida,
otro milagro de la primavera.

Soria, 1912

SEÑOR, ya me arrancaste lo que yo más quería.
Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.
Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.
Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar.

A JOSÉ MARÍA PALACIO

Palacio, buen amigo,
¿está la primavera
vistiendo ya las ramas de los chopos
del río y los caminos? En la estepa
del alto Duero, Primavera tarda,
¡pero es tan bella y dulce cuando llega!...
¿Tienen los viejos olmos
algunas hojas nuevas?
Aún las acacias estarán desnudas
y nevados los montes de las sierras.
¡Oh, mole del Moncayo blanca y rosa,
allá, en el cielo de Aragón, tan bella!
¿Hay zarzas florecidas
entre las grises peñas,
y blancas margaritas
entre la fina hierba?
Por esos campanarios
ya habrán ido llegando las cigüeñas.
Habrá trigales verdes,
y mulas pardas en las sementeras,
y labriegos que siembran los tardíos
con las lluvias de abril. Ya las abejas
libarán del tomillo y el romero.
¿Hay ciruelos en flor? ¿Quedan violetas?
Furtivos cazadores, los reclamos
de la perdiz bajo las capas luengas,
no faltarán. Palacio, buen amigo,
¿tienen ya ruiseñores las riberas?
Con los primeros lirios

y las primeras rosas de las huertas,
en una tarde azul, sube al Espino,
al alto Espino donde está su tierra...

Baeza, 29 de abril de 1913

LOS OLIVOS

A Manolo Ayuso

I

¡Viejos olivos sedientos
bajo el claro sol del día,
olivares polvorientos
del campo de Andalucía!
¡El campo andaluz, peinado
por el sol canicular,
de loma en loma rayado
de olivar y de olivar!
Son las tierras
soleadas,
anchas lomas, lueños sierras
de olivares recamadas.
Mil senderos. Con sus machos,
abrumados de capachos,
van gañanes y arrieros.
¡De la venta del camino
a la puerta, soplan vino
trabucaires bandoleros!
¡Olivares y olivares
de loma en loma prendidos
cual bordados alamares!
¡Olivares coloridos
de una tarde anaranjada;

olivares rebruñidos
bajo la luna argentada!
¡Olivares centellados
en las tardes cenicientas,
bajo los cielos preñados
de tormentas!...
Olivares, Dios os dé
los eneros
de aguaceros,
los agostos de agua al pie,
los vientos primaverales,
vuestras flores racimadas;
y las lluvias otoñales
vuestras olivas moradas.
Olivar, por cien caminos,
tus olivitas irán
caminando a cien molinos.
Ya darán
trabajo en las alquerías
a gañanes y braceros,
¡oh, buenas frentes sombrías
bajo los anchos sombreros!...
¡Olivar y olivaderos,
bosque y raza,
campo y plaza
de los fieles al terruño
y al arado y al molino,
de los que muestran el puño
al destino,
los benditos labradores,
los bandidos caballeros,
los señores

devotos y matuteros!...
¡Ciudades y caseríos
en la margen de los ríos,
en los pliegues de la sierra!...
¡Venga Dios a los hogares
y a las almas de esta tierra
de olivares y olivares!

LLANTO DE LAS VIRTUDES Y COPLAS
POR LA MUERTE DE DON GUIDO

Al fin, una pulmonía
mató a don Guido, y están
las campanas todo el día
doblando por él ¡din-dan!

Murió don Guido, un señor
de mozo muy jaranero,
muy galán y algo torero;
de viejo, gran rezador.

Dicen que tuvo un serrallo
este señor de Sevilla;
que era diestro
en manejar el caballo
y un maestro
en refrescar manzanilla.

Cuando mermó su riqueza,
era su monomanía
pensar que pensar debía
en asentar la cabeza.

Y asentóla
de una manera española,
que fue casarse con una
doncella de gran fortuna;

y repintar sus blasones,
hablar de las tradiciones
de su casa,
a escándalos y amoríos
poner tasa,
sordina a sus desvaríos.

Gran pagano,
se hizo hermano
de una santa cofradía;
el Jueves Santo salía,
llevando un cirio en la mano
—¡aquel trueno! —,
vestido de nazareno.
Hoy nos dice la campana
que han de llevarse mañana
al buen don Guido, muy serio,
camino del cementerio.

Buen don Guido, ya eres ido
y para siempre jamás...
Alguien dirá: ¿Qué dejaste?
Yo pregunto: ¿Qué llevaste
al mundo donde hoy estás?

¿Tu amor a los alamares
y a las sedas y a los oros,
y a la sangre de los toros
y al humo de los altares?

Buen don Guido y equipaje,
¡buen viaje!...

El acá
y el allá,
caballero,
se ve en tu rostro marchito,
lo infinito:
cero, cero.

¡Oh, las enjutas mejillas,
amarillas,
y los párpados de cera,
y la fina calavera
en la almohada del lecho!

¡Oh, fin de una aristocracia!
La barba canosa y lacia
sobre el pecho;
metido en tosco sayal,
las yertas manos en cruz,
¡tan formal!
el caballero andaluz.

PROVERBIOS Y CANTARES

I

Nunca perseguí la gloria
ni dejar en la memoria
de los hombres mi canción;
yo amo los mundos sutiles,
ingrávidos y gentiles
como pompas de jabón.
Me gusta verlos pintarse
de sol y grana, volar
bajo el cielo azul, temblar
súbitamente y quebrarse.

XXVI

Poned sobre los campos
un carbonero, un sabio y un poeta.
Veréis cómo el poeta admira y calla,
el sabio mira y piensa...
Seguramente, el carbonero busca
las moras o las setas.
Llevadlos al teatro
y sólo el carbonero no bosteza.
Quien prefiere lo vivo a lo pintado
es el hombre que piensa, canta o sueña.
El carbonero tiene
llena de fantasías la cabeza.

XXIX

Caminante, son tus huellas
el camino, y nada más;
caminante, no hay camino:
se hace camino al andar.
Al andar se hace camino,
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.
Caminante, no hay camino,
sino estelas en la mar.

XXXV

Hay dos modos de conciencia:
una es luz, y otra, paciencia.
Una estriba en alumbrar
un poquito el hondo mar;
otra, en hacer penitencia
con caña o red, y esperar
el pez, como pescador.
Dime tú: ¿cuál es mejor?
¿Conciencia de visionario
que mira en el hondo acuario
peces vivos,
fugitivos,
que no se pueden pescar,
o esa maldita faena
de ir arrojando a la arena,
muertos, los peces del mar?

XLIV

Todo pasa y todo queda;
pero lo nuestro es pasar,
pasar haciendo caminos,
caminos sobre la mar.

XLV

Morir... ¿Caer como gota
de mar en el mar inmenso?
¿O ser lo que nunca he sido:
uno, sin sombra y sin sueño,
un solitario que avanza
sin camino y sin espejo?

LIII

Ya hay un español que quiere
vivir y a vivir empieza,
entre una España que muere
y otra España que bosteza.
Españolito que vienes
al mundo, te guarde Dios.
Una de las dos Españas
ha de helarte el corazón.

CONSEJOS

Sabe esperar, aguarda que la marea fluya
—así en la costa un barco— sin que al partir te inquiete.
Todo el que aguarda sabe que la victoria es suya;
porque la vida es larga y el arte es un juguete.
Y si la vida es corta
y no llega la mar a tu galera,
aguarda sin partir y siempre espera,
que el arte es largo y, además, no importa.

A DON FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS

Como se fue el maestro,
la luz de esta mañana
me dijo: Van tres días
que mi hermano Francisco no trabaja.
¿Murió? ... Sólo sabemos
que se nos fue por una senda clara,
diciéndonos: Hacedme
un duelo de labores y esperanzas.
Sed buenos y no más, sed lo que he sido
entre vosotros: alma.
Vivid, la vida sigue,
los muertos mueren y las sombras pasan;
lleva quien deja y vive el que ha vivido.
¡Yunques, sonad; enmudeced, campanas!

Y hacia otra luz más pura
partió el hermano de la luz del alba,
del sol de los talleres,
el viejo alegre de la vida santa.
...Oh, sí, llevad, amigos,
su cuerpo a la montaña,
a los azules montes
del ancho Guadarrama.
Allí hay barrancos hondos
de pinos verdes donde el viento canta.
Su corazón repose
bajo una encina casta,

en tierra de tomillos, donde juegan
mariposas doradas...
Allí el maestro un día
soñaba un nuevo florecer de España.

Baeza, 21 de febrero de 1915

NUEVAS CANCIONES

APUNTES

I

Desde mi ventana,
¡campo de Baeza,
a la luna clara!

¡Montes de Cazorla,
Aznaitín y Mágina!

¡De luna y de piedra
también los cachorros
de Sierra Morena!

II

Sobre el olivar,
se vio la lechuza
volar y volar.

Campo, campo, campo.
Entre los olivos,
los cortijos blancos.

Y la encina negra,
a medio camino
de Úbeda a Baeza.

III

Por un ventanal,
entró la lechuza
en la catedral.

San Cristobalón
la quiso espantar,
al ver que bebía
del velón de aceite
de Santa María.

La Virgen habló:
Déjala que beba,
San Cristobalón.

IX

Los olivos grises,
los caminos blancos.
El sol ha sorbido
la color del campo;
y hasta tu recuerdo
me lo va secando
este alma de polvo
de los días malos.

PROVERBIOS Y CANTARES

A José Ortega y Gasset

I

El ojo que ves no es
ojo porque tú lo veas;
es ojo porque te ve.

II

Para dialogar,
preguntad, primero;
después... escuchad.

VIII

Hoy es siempre todavía.

XVII

En mi soledad
he visto cosas muy claras,
que no son verdad.

XXIV

Despacito y buena letra:
el hacer las cosas bien
importa más que el hacerlas.

XLVI

Se miente más de la cuenta
por falta de fantasía:
también la verdad se inventa.

XLIX

¿Dijiste media verdad?
Dirán que mientes dos veces
si dices la otra mitad.

LVIII

Creí mi hogar apagado
y revolví la ceniza...
Me quemé la mano.

LXXXV

¿Tu verdad? No, la Verdad,
y ven conmigo a buscarla.
La tuya, guárdatela.

—¿Mas el arte?...

—¿Es puro juego,
que es igual a pura vida,
que es igual a puro fuego.
Veréis el ascua encendida.

EL AMOR Y LA SIERRA

Cabalgaba por agria serranía,
una tarde, entre roca cenicienta.
El plumizo balón de la tormenta
de monte en monte rebotar se oía.

Súbito, al vivo resplandor del rayo,
se encabritó, bajo de un alto pino,
al borde de la peña, su caballo.
A dura rienda le tornó al camino.

Y hubo visto la nube desgarrada,
y, dentro, la afilada crestería
de otra sierra más lueñe y levantada

—relámpago de piedra parecía—.
¿Y vio el rostro de Dios? Vio el de su amada.
Gritó: ¡Morir en esta sierra fría!

ESTA luz de Sevilla... Es el palacio
donde nací, con su rumor de fuente.
Mi padre, en su despacho. —La alta frente,
la breve mosca, y el bigote lacio—.

Mi padre, aun joven. Lee, escribe, hojea
sus libros y medita. Se levanta;
va hacia la puerta del jardín. Pasea.
A veces habla solo, a veces canta.

Sus grandes ojos de mirar inquieto
ahora vagar parecen, sin objeto
donde puedan posar, en el vacío.

Ya escapan de su ayer a su mañana;
ya miran en el tiempo, ¡padre mío!,
piadosamente mi cabeza cana.

DE UN CACIONERO APÓCRIFO

PRIMAVERAL

Nubes, sol, prado verde y caserío
en la loma, revueltos. Primavera
puso en el aire de este campo frío
la gracia de sus chopos de ribera.

Los caminos del valle van al río
y allí, junto del agua, amor espera.
¿Por ti se ha puesto el campo ese atavío
de joven, oh, invisible compañera?

¿Y ese perfume del habar al viento?
¿Y esa primera blanca margarita? . . .
¿Tú me acompañas? En mi mano siento

doble latido; el corazón me grita,
que en las sienes me asorda el pensamiento:
eres tú quien florece y resucita.

ROSA DE FUEGO

Tejidos sois de primavera, amantes,
de tierra y agua y viento y sol tejidos.
La sierra en vuestros pechos jadeantes,
en los ojos los campos florecidos,

pasead vuestra mutua primavera,
y aun bebed sin temor la dulce leche
que os brinda hoy la lúbrica pantera,
antes que, torva, en el camino aceche.

Caminad, cuando el eje del planeta
se vence hacia el solsticio del verano,
verde el almendro y mustia la violeta,

cerca la sed y el hontanar cercano,
hacia la tarde del amor, completa,
con la rosa de fuego en vuestra mano.

NEL MEZZO del cammin pasóme el pecho
la flecha de un amor intempestivo.
Que tuvo en el camino largo acecho
mostróme en lo certero el rayo vivo.

Así un imán que, al atraer, repele
(¡oh, claros ojos de mirar furtivo!),
amor que asombra, aguija, halaga y duele,
y más se ofrece cuanto más esquivo.

Si un grano del pensar arder pudiera,
no en el amante, en el amor, sería
la más honda verdad lo que se viera;

y en el espejo de amor se quebraría,
roto su encanto, y roto la pantera
de la lujuria el corazón tendría.

ÚLTIMAS LAMENTACIONES
DE ABEL MARTÍN

Hoy, con la primavera,
soñé que un fino cuerpo me seguía
cual dócil sombra. Era
mi cuerpo juvenil, el que subía
de tres en tres peldaños la escalera.

—Hola, galgo de ayer. (Su luz de acuario
trocaba el hondo espejo
por agria luz sobre un rincón de osario.)

—¿Tú conmigo, rapaz?

—Contigo, viejo.

Soñé la galería
al huerto de ciprés y limonero;
tibias palomas en la piedra fría,
en el cielo de añil rojo pandero,
y en la mágica angustia de la infancia
la vigilia del ángel más austero.

La ausencia y la distancia
volví a soñar con túnicas de aurora:
firme en el arco tenso la saeta
del mañana, la vista aterradora
de la llama prendida en la espoleta
de su granada.

¡Oh, Tiempo, oh, Todavía
preñado de inminencias!,
tú me acompañas en la senda fría,
tejedor de esperanzas e impacencias.

¡El tiempo y sus banderas desplegadas!
(¿Yo, capitán? Mas yo no voy contigo.)
¡Hacia lejanas torres soleadas
el perdurable asalto por castigo!

Hoy, como un día, en la ancha mar violeta
hunde el sueño su pétrea escalinata,
y hace camino la infantil goleta,
y le salta el delfín de bronce y plata.

La hazaña y la aventura
cercando un corazón entelerido...
Montes de piedra dura
—eco y eco— mi voz ha repetido.

¡Oh, descansar en el azul del día
como descansa el águila en el viento,
sobre la sierra fría,
segura de sus alas y su aliento!

La augusta confianza
a ti, Naturaleza, y paz te pido,
mi tregua de temor y de esperanza,
un grano de alegría, un mar de olvido...

OTRAS CANCIONES A GUIOMAR

*A la manera de Abel Martín
y de Juan de Mairena*

I

¡Sólo tu figura,
como una centella blanca,
en mi noche oscura!

¡Y en la tersa arena,
cerca de la mar,
tu carne rosa y morena,
súbitamente, Guiomar!

En el gris del muro,
cárcel y aposento,
y en un paisaje futuro
con sólo tu voz y el viento;

en el nácar frío
de tu zarcillo en mi boca,
Guiomar, y en el calofrío
de una amanecida loca;

asomada al malecón
que bate la mar de un sueño,
y bajo el arco del ceño

de mi vigilia a traición,
¡siempre tú!

Guiomar, Guiomar,
mírame en ti castigado:
reo de haberte creado,
ya no te puedo olvidar.

II

Todo amor es fantasía;
él inventa el año, el día,
la hora y su melodía;
inventa el amante y, más,
la amada. No prueba nada,
contra el amor, que la amada
no haya existido jamás.

III

Escribiré en tu abanico:
te quiero para olvidarte,
para quererte te olvido.

IV

Te abanicarás
con un madrigal que diga:
en amor el olvido pone la sal.

V

Te pintaré solitaria
en la urna imaginaria
de un daguerrotipo viejo
o en el fondo de un espejo,
viva y quieta,
olvidando a tu poeta.

VI

Y te enviaré mi canción:
“Se canta lo que se pierde”,
con un papagayo verde
que la diga en tu balcón.

VII

Que apenas si de amor el ascua humea
sabe el poeta que la voz engola
y, barato cantor, se pavonea
con su pesar o enluta su viola;
y que si amor da su destello, sola
la pura estrofa suena,
fuente de monte, anónima y serena.
Bajo el azul olvido, nada canta,
ni tu nombre ni el mío, el agua santa.
Sombra no tiene de su turbia escoria
limpio metal; el verso del poeta
lleva el ansia de amor que lo engendrara

como lleva el diamante sin memoria
—frío diamante— el fuego del planeta
trocado en luz, en una joya clara...

VIII

Abre el rosal de la carroña horrible
su olvido en flor, y extraña mariposa,
jalde y carmín, de vuelo imprevisible,
salir se ve del fondo de una fosa.
Con el terror de víbora encelada,
junto al lagarto frío
con el absorto sapo en la azulada
libélula que vuela sobre el río,
con los montes de plomo y de ceniza,
sobre los rubios agros
que el sol de mayo hechiza,
se ha abierto un abanico de milagros
—el ángel del poema lo ha querido—
en la mano creadora del olvido...

POESÍA DE GUERRA

LA MUERTE DEL NIÑO HERIDO

Otra vez en la noche... Es el martillo
de la fiebre en las sienas bien vendadas
del niño. —Madre, ¡el pájaro amarillo!
¡Las mariposas negras y moradas!

—Duerme, hijo mío. —Y la manita oprime
la madre, junto al lecho. —¡Oh, flor de fuego!
¿quién ha de helarte, flor de sangre, dime?
Hay en la pobre alcoba olor de espliego;

fuera, la oronda luna que blanquea
cúpula y torre a la ciudad sombría.
Invisible avión moscardonea.

—¿Duermes, oh, dulce flor de sangre mía?
El cristal del balcón repiquetea.
—¡Oh, fría, fría, fría, fría, fría!

A LÍSTER

Jefe en los ejércitos del Ebro

Tu carta —oh, noble corazón en vela,
español indomable, puño fuerte—,
tu carta, heroico Líster, me consuela,
de esta, que pesa en mí, carne de muerte.

Fragores en tu carta me han llegado
de lucha santa sobre el campo ibero;
también mi corazón ha despertado
entre olores de pólvora y romero.

Donde anuncia marina caracola
que llega el Ebro, y en la peña fría
donde brota esa rúbrica española,

de monte a mar, esta palabra mía:
“Si mi pluma valiera tu pistola
de capitán, contento moriría”.

¡MADRID, MADRID!

¡Madrid, Madrid; qué bien tu nombre suena,
rompeolas de todas las Españas!
La tierra se desgarrá, el cielo truena,
tú sonrías con plomo en las entrañas.

EL CRIMEN FUE EN GRANADA

A Federico García Lorca

I

El crimen

Se le vio, caminando entre fusiles,
por una calle larga,
salir al campo frío,
aún con estrellas, de la madrugada.
Mataron a Federico
cuando la luz asomaba.
El pelotón de verdugos
no osó mirarle la cara.
Todos cerraron los ojos;
rezaron: ¡ni Dios te salva!
Muerto cayó Federico
—sangre en la frente y plomo en las entrañas—.
...Que fue en Granada el crimen
sabed —¡pobre Granada—, en su Granada...

II

El poeta y la muerte

Se le vio caminar solo con Ella,
sin miedo a su guadaña.
—Ya el sol en torre y torre; los martillos
en yunque y yunque de las fraguas—.

Hablaba Federico,
requebrando a la muerte. Ella escuchaba.
“Porque ayer en mi verso, compañera,
sonaba el golpe de tus secas palmas,
y diste el hielo a mi cantar, y el filo
a mi tragedia de tu hoz de plata,
te cantaré la carne que no tienes,
los ojos que te faltan,
tus cabellos que el viento sacudía,
los rojos labios donde te besaban...
Hoy como ayer, gitana, muerte mía,
qué bien contigo a solas,
por estos aires de Granada, ¡mi Granada!”

III

Se le vio caminar...

Labrad amigos,
de piedra y sueño, en la Alhambra,
un túmulo al poeta,
sobre una fuente donde llora el agua,
y eternamente diga:
el crimen fue en Granada, ¡en su Granada!

El despertar de la poesía, de Antonio Machado,
se terminó de imprimir y encuadernar en febrero de 2020
en Talleres Gráficos de México, Canal del Norte, 80;
06280 Ciudad de México.

La edición consta de 4000 ejemplares.

